

## No es normal

La mejor manera de disfrutar de por vida con la magia de la naturaleza es encontrarle, una tras otra, nuevas dimensiones.

Pero, para ello, lo primero es pensar que nada de lo que vemos es normal que suceda.



Hace algún tiempo tuve la suerte de visitar una pequeña isla argelina donde algunas parejas de garcetas comunes (*Egretta garzetta*) habían decidido instalarse en la periferia de una gran colonia de gaviota patiamarilla (*Larus michahellis*). Las gaviotas y las garcetas son aves comunes y la observación no tiene nada de particular. La nueva dimensión que le encontré al asunto, más allá de anotar en mi cuaderno “tres nidos de garceta con huevos”, fue pensar que todos los casos que conocía de garzas criando en islas tienen en común –¡oh casualidad!– que se instalan en islotes con gaviotas. Es lo que pasa, por ejemplo, en las islas Medas del Ampurdán, en Isla Grosa (Murcia), el islote de Benidorm (Alicante) o las islas Habibas (Argelia). Y no por falta de islotes similares que no hayan sido colonizados previamente por las gaviotas. Es decir, las garzas muy probablemente se sirven de las gaviotas como un indicador fiable de buena calidad del sitio para criar. Además, las gaviotas son un buen sistema de alarma si algún depredador entra en la colonia.

Algo así debe de pasar por la mente de una garceta durante el crucial proceso de elegir un sitio para criar cada año. En ecología, a esto se le llama, de manera un tanto rimbombante, “atracción heteroespecífica”; es decir, atracción debida a individuos que no son de la misma especie. Las aves normalmente emplean a individuos de su propia especie como indicio para calibrar la calidad del lugar de cría (la más conocida “atracción conoespecífica”), pero a veces también se dejan llevar por la presencia de otras especies. Sin embargo, fiarse de los demás puede llevar a malas elecciones (trampas ecológicas), a sufrir fracasos reproductores e incluso a perder la vida. Es lo que les pasa a patos y garzas cuando se produce una falta puntual de alimento en la colonia compartida y las gaviotas acaban depredando sobre sus vecinos. Pero en muchas ocasiones funciona bien. En definitiva, la mera observación anecdótica de unos pocos nidos de garza en un ambiente poco habitual nos abre un mundo de interacciones ecológicas entre especies enormemente complejo, que daría para preparar varias tesis doctorales.

### ¿POR QUÉ NO HIBERNAN LAS AVES?

¡Cuántas veces hemos observado a las aves migrar! Todos sabemos que las golondrinas y las abubillas nos llegan con la primavera, mientras que las grullas y los gansos aparecen en invierno. Que muchas aves migran es, hoy en día, un hecho elemental. Solemos marcarlas para averiguar de dónde vienen y a dónde van. Nos interesa saber cuántos kilómetros son capaces de recorrer y a qué velocidad viajan. Solemos aprender pronto que las aves no migran huyendo del frío (sus plumas son un magnífico aislante térmico) sino del hachazo del hambre en condiciones climáticas extremas. Pero rara vez nos preguntamos por qué las aves no han escogido otra estrategia, común en la naturaleza, como la hibernación.

Pensadlo con un poco de calma. Los invertebrados tienen estrategias que les permiten resistir las inclemencias del tiempo sin salir huyendo. Entre los vertebrados hay reptiles que pasan por periodos de letargo y también anfibios y mamíferos, incluidos los murciélagos. Así pues, no es tan normal que las aves migren en lugar de ralentizar su metabolismo en los periodos de vacas flacas. Decir que las aves migran porque pueden volar no ayuda mucho, pues aboca a un círculo vicioso sobre la causa y el efecto. Además, muchas especies de murciélagos hibernan a pesar de que también tienen la capacidad de volar a largas distancias.

Es curioso que de las cerca de 10.000 especies de aves que se han clasificado hasta hoy, sólo algunos chotacabras practiquen algo parecido a una hibernación. Por cierto, quizá un bajo metabolismo basal en las especies europeas de la familia de los chotacabras explique ese hábito suyo de calentarse sobre el asfalto de nuestras carreteras. Además, los pequeños colibríes pasan por periodos de sopor, pero no por una verdadera hibernación. Aristóteles no estaba tan desencaminado cuando propuso, hace unos 2.300 años, que las golondrinas se enterraban en el barro al llegar el invierno. Los sapos lo hacen, las tortugas también se entierran, ¿porqué no iban a hacerlo las aves?

Las aves migratorias parecen contar con tasas de supervivencia anual mayores que las aves sedentarias. Pero parece lógico pensar

En la página anterior, garcilla bueyera (*Bubulcus ibis*) y garceta común (*Egretta garzetta*) en una colonia mixta de garzas; a la izquierda, dos gaviotas patiamarillas (*Larus michahellis*). Cuando las garzas se instalan en islas para criar, lo hacen atraídas por la presencia previa de gaviotas nidificantes. A pesar de que haya islotes vacíos disponibles, las gaviotas representan para las garzas un indicador de buena calidad de ese hábitat de cría (fotos: Pepe y Tomás Santamaría).



que si las aves sedentarias hibernasen su tasa de supervivencia superaría a las de las especies migratorias, ya que la migración tiene un coste asociado considerable. Sobre todo desde que hace 6.000 años el desierto del Sahara se expandiera hacia el norte y hacia el sur debido a un cambio en los rodillos atmosféricos que se sitúan sobre esas latitudes. De hecho, los mamíferos que hibernan tienden a ser muy longevos, porque mientras tanto están lejos del alcance de los depredadores. En consecuencia, son un objetivo perfecto para que la selección natural actúe sobre ellos en beneficio de una vida larga y un envejecimiento tardío. He planteado esta cuestión a un buen número de ecofisiólogos de pro y, hasta la fecha, ninguno le encuentra una explicación convincente. Parece que la fisiología de las aves no les impide sumarse potencialmente al club de los hibernantes. He ahí una pregunta sin respuesta que emana de la simple observación reflexiva de un hecho tan archiconocido como la migración de las aves.

## EL SENTIDO DEL HACINAMIENTO

Decíamos al comenzar que las garzas se asocian a veces con las gaviotas para criar. Tanto las garzas como las gaviotas son especies de hábitos coloniales, salvo excepciones. Damos por hecho que es normal que haya multitud de especies que se agrupen para criar. Solemos hacer balance tratando de encontrar que los beneficios—mejor defensa y mayores facilidades para encontrar alimento o pareja— superan a los costes—competencia por el alimento y el espacio, piratería de comida, depredación de huevos y pollos, contagio de enfermedades y parásitos, atracción de depredadores—. Sin embargo, la cría en colonias parece ser más un imperativo que una elección basada en cuestiones de eficiencia. Las aves que se agrupan para criar en altas densidades lo hacen porque sus fuentes de alimento son muy impredecibles y cada individuo se beneficia de la labor exploratoria de los demás para encontrar comida. De hecho, parece que la cría en colonias evolucionó entre las aves terrestres antes de la conquista del medio marino. Digamos que fueron las aves terrestres pre-adaptadas al medio marino (explotadoras de fuentes impredecibles de alimento en tierra) las que pudieron hacerse con este nuevo hábitat. Reducir el espacio vital a un círculo cuyo radio es la longitud del

cuello del ave que incubaba, caso de muchas especies marinas, no debe ser plato de buen gusto para nadie.

Me vienen a la cabeza las colonias de garzas de los carrizales de la Albufera de Valencia. Nidificar colonialmente en un carrizal es lo más parecido al infierno que una garza puede encontrar en la Tierra. En plena época reproductora, en el interior de un carrizal mediterráneo y cerca del suelo, hace un calor infernal. Los adultos trepan hasta el extremo de los carrizos más gruesos y allí hacen lo que pueden para ven-

tilarse con los picos abiertos al aire. Es un escenario patético. De un año para otro la vegetación palustre queda destrozada y las garzas deben cambiar a menudo de ubicación. Muchos pollos acaban muriendo. Probablemente, las condiciones óptimas de cría para una garza serían un árbol bien ventilado, libre de ratas, ubicado junto a una fértil zona húmeda, con una densidad de vecinos suficientemente alta como para facilitar la localización de las fuentes de alimento, pero suficientemente baja como para que no se generen serios conflictos vecinales. Rara vez se dan estas circunstancias ideales y las garceras acaban siendo barrios de favellas donde todo vale en la lucha por la existencia. Una colonia abigarrada es, a mi modo de ver, el equivalente a una ciudad atestada de gente donde uno acaba viviendo porque las oportunidades para la supervivencia son mayores que en el medio rural, aunque se eche de menos la casita en el campo con terreno alrededor.

Eso puede llevar a plantearnos si las ciudades responden a las tendencias sociales espontáneas del ser humano o no. Sin extenderme al respecto, pues no es el tema de este artículo, basta con pensar que si nuestra especie tiene unos 200.000 años de antigüedad y las primeras ciudades del Creciente Fértil apenas se remontan a unos 5.000 ó 6.000 años atrás, hemos de concluir necesariamente que nuestra especie sólo ha vivido agrupada en ciudades el 2,5% de su historia y que, por tanto, nuestra existencia “colonial” debe responder más a determinadas circunstancias ambientales y culturales recientes que a una tendencia natural al hacinamiento.

Con estos tres ejemplos sólo pretendo argumentar que la complejidad de la naturaleza es una fuente inacabable de sorpresas. Basta con poner en duda que sea “normal” todo lo que vemos a nuestro alrededor. Desde esta perspectiva, instalados en la duda, en el escepticismo sano, pero también en el respeto a las evidencias, hasta las especies más comunes y cercanas se convierten en un pozo sin fondo de sorpresa y admiración renovada. ☸

## Agradecimientos

Las sugerencias de Francisco Pipo Sierra y Alicia Montesinos mejoraron la estructura inicial de este artículo.